

ALAIN MINC, *La borrachera democrática-El nuevo poder de la opinión pública*, traducción de José Manuel Vidal, Madrid, Temas de Hoy, 1995, 319 pp.

El ensayo de Alain Mine parte del caso francés para hacer un lúcido análisis de las crisis de las democracias contemporáneas ante la inédita supremacía de la opinión pública y los medios de comunicación. La fortaleza de lo que el autor llama la santa trinidad —democracia representativa, Estado-providencia y clase media— se tambalea ante su propia victoria frente a la amenaza comunista; muerta ésta, la democracia parece descomponerse desde dentro. La decadencia del sistema representativo y de los actores sociales tradicionales anuncia la aparición de un sistema que parece tan perverso como inevitable: la democracia demoscópica. La opinión pública, afirma el autor, “será a comienzos del siglo XXI lo que la clase obrera fue en el alba del siglo XX: una realidad, un mito y una psicosis”.

El libro está dividido en 13 capítulos, tiene subtítulos sugerentes y una redacción fluida y elocuente. Desde las primeras páginas, el lector se ve envuelto por una conversación agradable, plagada de frases lapidarias que, a pesar de hacer continuas alusiones al caso francés, nos refieren con facilidad a situaciones como la mexicana. El autor se ocupa en primer término de la descripción y el análisis de la borrachera democrática, es decir la decadencia de las instituciones representativas que ha dado paso al demócratismo de la inmediatez: la democracia de la opinión pública. Posteriormente, una vez aceptada la irreversibilidad de esta decadencia y la aparición de nuevos actores sociales, el autor plantea algunas soluciones que permitan integrar las instituciones republicanas con la supremacía de los medios y la interdependencia económica, rescatando así el papel del Estado y de la Política (con mayúscula) en la conformación del interés general.

Los síntomas de la borrachera democrática son múltiples. Las sociedades enfrentan interrogantes que no se expresan en el mundo de la política, y las instituciones representativas llevan a cabo tareas cada vez más residuales; mientras la sociedad resuelve sus debates por sí misma, a las instituciones políticas queda la función de oficializar conclusiones que el mercado y los medios de comunicación imponen, una suerte de monarquía moderada por los sondeos. El debilitamiento de los cuerpos intermedios, la muerte de las utopías globales y parciales, el desdibujamiento de las identidades y la militancia partidistas, y en general, el resquebrajamiento de los referentes colectivos ante la omnipresencia del individuo a secas, anuncian el reinado de la democracia de la opinión pública, fundada en una trinidad nueva: los jueces, los medios de comunicación y la opinión pública.

Lejos de encarnar una profundización de los sistemas democráticos, la democracia demoscópica imposibilita la construcción del interés general y sustituye la Política por una acción política condicionada. Esta especie de soberanía popular al instante que fabrican las encuestas y los medios de comunicación está muy lejos de ser una manifestación de la sociedad civil; todo lo contrario, se trata de una usurpación. La opinión pública se erige entonces en sustituto funcional de la sociedad civil —“fragmentada, roída por la exclusión, conquista-

da por el individualismo, sin utopía de progreso social, sin optimismo y sin clase estabilizadora— y, concebida inicialmente como contrapoder, nulifica la Política con su obsesión por la transparencia y la manipulación mediática de los “estados de ánimo” sociales. La opinión pública anticipa las condenas que los tribunales formalizan y sustituye la legitimidad de los políticos mediante la imagen, los juicios televisados y la dudosa juridicidad de los mismos. En palabras de Régis Debray, “es el espectáculo del Estado lo que hace al Estado, como el monumento a la memoria”, por lo que el nuevo gurú es el asesor de imagen. La reacción política sustituye la acción política.

Así las cosas, sugiere Minc, el milenio que viene está amenazado por el populismo, que el autor llama peronismo mediático, que ha dado ya signos de vida en figuras como Berlusconi, Le Pen y Ross Perot. Mientras el debate auténtico lo inician las fuerzas sociales, ante la decadencia de éstas, la opinión pública politiza sus propios temas: “una especie de presión inmensa de la mentalidad de todos sobre la inteligencia de cada cual”. Hemos llegado al límite de que cuando una elección contradice los resultados anunciados por los sondeos, se cuestiona, y se concede la legitimidad última a un proceso exógeno a la democracia misma. A fuerza de proclamar su existencia, la opinión pública termina por existir, a manera de *transustanciación* de la soberanía popular, porque los políticos la legitiman cuando gobiernan bajo sus designios.

La creciente independencia de la prensa, lejos de facilitar la expresión auténtica y autónoma de las fuerzas sociales, aprovecha la opacidad y la complejidad que las caracteriza para encarnar, por sí misma, la realidad social. El segundo elemento de la nueva trinidad es el regreso de los jueces: la creciente juridización de las relaciones sociales y la receptividad emotiva de la filosofía *light* sobre derechos humanos que permiten a cualquier individuo retar al Estado en nombre de unos derechos inalienables tan fundamentales como indefinidos. El derecho, que no la ley, convertido en sustituto moral, provoca el surgimiento de la “sociedad asegurada”, cuyo ejemplo emblemático es Estados Unidos, donde la tercera parte de las intervenciones quirúrgicas es objeto de proceso judicial por daños. El Estado pierde cada vez más su principio fundante —el poder— y se vuelve rehén de unas supuestas fuerzas sociales amorfas y cambiantes. La “sondeomanía”, el plebiscitismo, el populismo, la mediocracia y la inquisición judicial casi compulsiva son algunos de los enemigos que señala Minc, todos síntomas de la borrachera democrática.

La realidad y la opinión de la realidad están hoy peligrosamente disociadas, advierte el autor de manera reiterada y alarmante. “Triunfan las pulsiones y los sentimientos, y no cesa de aumentar la separación entre la ilusión del sentimiento colectivo con la realidad social y la realidad del juego social entre la opinión pública y la complejidad del país.” Evidentemente, el reino de la emotividad y la instantaneidad imposibilitan la construcción institucional del interés general, y como para Mine la noción misma de democracia depende de la referencia al interés general, resulta imperiosa la necesidad de rescatarlo en la democracia de la opinión pública.

La nueva trinidad, comenta al autor, engendra un profundo desprecio por la Política que es consustancial a la democracia real. Actualmente, los magistrados están envueltos en una búsqueda de la verdad que legitiman los medios; los periodistas, inmersos en la lógica del *rating*, muestran una obsesión hipócrita por la transparencia en busca de la pureza política, y confunden la libertad de prensa con la inimputabilidad y el derecho a la violencia verbal. La opinión pública, por su parte, es constantemente reinventada y autoengañada. El funesto panorama esbozado por el autor prepara el escenario perfecto para el populismo, que el autor identifica, con profundo desprecio, con las repúblicas “bananeras” de Latinoamérica.

La conclusión general es que, a pesar de que la opinión pública internacional y los mercados sean el mejor garante y defensor de la democracia procedimental frente a la amenaza populista, la democracia de la opinión pública, con sus peligros, llegó para quedarse. Por lo tanto, es necesario reivindicar a las instituciones representativas y adaptarlas al nuevo entorno social, que les niega el protagonismo de antaño. Hasta aquí, el ensayo está muy bien logrado; no así al momento de plantear soluciones. La imprecisión y algunas opiniones lanzadas al aire hacen inevitables las objeciones.

Para Alain Minc, el Estado ha de seguir siendo el principal artífice del interés general, pero debe asumir que ya nunca estará solo en esta misión. Les toca ahora a las élites intelectuales y económicas, a las universidades y a los organismos autónomos como los bancos centrales constituir el *lobby* del interés general que atempere la presión de la inmediatez, de las pulsiones emotivas frecuentemente irracionales y antidemocráticas. El rescate de las utopías parciales y regionales, el referéndum y la relegitimación de la discusión que el falso consenso ha segregado, son algunas opciones. Resulta contradictorio que después de la argumentación anterior, el autor muestre tal entusiasmo ante una figura como el referéndum —fácilmente manipulable por los medios— y proponga también la caducidad de la distinción weberiana entre la ética de convicción y la de responsabilidad, convirtiendo a los intelectuales en un gremio de militancia política encargado del interés general, *whatever that means*. Minc identifica su propuesta con una soberanía compartida, nunca suficientemente definida, por el Estado, los actores económicos y las élites. Se trata, según el autor, de inventar nuevos actores sociales colectivos, dada la irreversible decadencia de los partidos, las iglesias, los sindicatos y la escuela. Ejemplos de estos nuevos actores serían las fundaciones, los *trusts* y las universidades autónomas, que deberán posibilitar un nuevo método social que impida la hoy inevitable confrontación entre Estado y opinión pública. Si bien es cierto que “en nuestras sociedades complejas la única reforma posible es la aceptada y la única reforma aceptada es la comprendida”, se antoja difícil, o al menos problemática, la pedagogía democrática que el autor confiere como responsabilidad a las élites económicas e intelectuales.

El autor concluye con una carta abierta al presidente de Francia en la que recapitula el argumento mediante la descripción del líder ideal que necesita el país para sortear los peligros de la borrachera democrática. Paradójicamente, la

carta está redactada en primera persona del plural. El autor habla en nombre de los franceses (i), y termina con una frase que me parece francamente lamentable: "Ayúdenos, pues, Señor Presidente, a defendernos de nosotros mismos".

CLAUDIA MALDONADO TRUJILLO

GIOVANNI SARTORI, *Homo videns. La sociedad teledirigida*, traducción de Ana Díaz Soler, Madrid, Taurus, 1998.

Dice Ortega, en *La rebelión de las masas*, que "lo característico del momento es que el alma vulgar, sabiéndose vulgar, tiene el denuedo de afirmar el derecho de la vulgaridad y lo impone dondequiera". Dicha aseveración, escrita a finales de la década de los veinte, se ratificaba a mediados del siglo, cuando aparecía el aparato creador y recreador, por excelencia, de las masas: la televisión.

A partir de ese hecho, Giovanni Sartori advierte: un mundo concentrado sólo en el hecho de ver es un mundo estúpido. El *homo sapiens*, un ser caracterizado por la reflexión, por su capacidad para generar abstracciones, se está convirtiendo en un *homo videns*, una criatura que mira pero que no piensa, que ve pero que no entiende.

El proceso comienza desde la infancia. La televisión es la primera escuela del niño, en donde se educa con base en imágenes que le enseñan que lo que ve es lo único que cuenta. Así, la función simbólica de la palabra queda relegada frente a la representación visual. El niño aprende de la televisión antes que de los libros: se forma viendo y ya no lee. Dicha formación va atrofiando su capacidad para comprender, pues su mente crece ajena al concepto —que se forma y desarrolla mediante la cultura escrita y el lenguaje verbal—. De esta manera, "los estímulos ante los cuales responde cuando es adulto son casi exclusivamente audiovisuales".

Dejando a un lado la función de entretenimiento que la televisión tiene, Sartori se concentra en su labor formativa. No es el *homo ludens* el que le interesa, sino el *homo videns*. Si el niño crece junto al televisor, su concepción del mundo se vuelve una caricatura; conoce la realidad por medio de sus imágenes y la reduce a éstas. Su capacidad de administrar los acontecimientos que lo rodean está condicionada a lo visible: su capacidad de abstracción (de trascender, por decirlo de algún modo, lo que le dicta el ojo) es sumamente pobre, "no sólo en cuanto a palabras, sino sobre todo en cuanto a la riqueza de significado". La imagen no tiene contenido cognoscitivo, es prácticamente ininteligible. El acto de ver anula, en este caso, el de pensar. El concepto queda sumergido entre colores, formas, secuencias y ruidos de fondo. En tanto que la asimilación de una palabra requiere del conocimiento de un lenguaje y de una lengua, la imagen, por su parte, se procesa automáticamente: se ve, y con eso es suficiente.

Por supuesto, Sartori no ignora las repercusiones políticas que acarrea el surgimiento del *homo videns*. Si es cierto que la democracia es el gobierno de la opinión, y que los medios (especialmente la televisión) son, en gran medida,